

2

0

0

9

No tenía motivos, pero iba a matarlo de todos modos.

El que ya estaba muerto tentaba con empezar a pudrirse sobre el asfalto.

En la entrepierna verde oliva de su tosco uniforme la humedad dibujaba un cerco oscuro desde el que empezaba a surgir un leve olor, a excrementos y amoníaco.

El que todavía respiraba no supo que iba a morir.

Una noche sin luna y un horizonte con nubes hacían de la escena un cuadro tenebrista.

Al lado de la puerta abierta del deportivo negro se distinguía al asesino. Calzaba unos lustrados zapatos de anca de potro, cosidos a mano, que rompían la continuidad de la iridiscente línea del arcén. Sobre los zapatos descansaban los dobladillos de un pantalón de costosa lana inglesa. La chaqueta que completaba el traje estaba pulcramente doblada sobre el cuero *connolly* del

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

asiento del pasajero, los ojales vivos de las mangas delataban un trabajo de sastrería. A la chaqueta le hacía compañía un estuche clásico para armas cortas, de aluminio punteado con cantos reforzados.

Un par de gemelos de platino mate y una corbata de seda plateada contrastaban con el algodón egipcio teñido de negro de la camisa. Y, como si se tratase del delicado complemento elegido por una adinerada viuda para el vestido largo de una recepción oficial, la Walther de 7,65 milímetros hacía juego con su brillo pavonado.

Destacaban los fríos ojos azules y un mechón revoltoso de pelo negro azabache, que caía pareciendo una coma sobre la frente.

Había sido un tiro perfecto, ejecutado con gracia. Un amplio arco del brazo derecho, ágil y natural. Y había roto el fingido silencio nocturno.

El compañero del recién muerto, estupefacto, trataba aún de digerir lo sucedido mientras su cerebro se peleaba con la mano izquierda, cruzada sobre un pecho blando y grasoso, para encontrar el tirador de la puerta del coche patrulla. La derecha tanteaba la vieja Star semiautomática colgada al cinto, sin acertar con la empuñadura de plástico marrón.

Intentaba recobrar la compostura mientras buscaba redaños para enfrentarse a lo que acababa de ver.

— ¿Y éste qué coño hace? —había preguntado el ya fiambre al ver cómo, entre la humareda del brusco frenazo, se detenía el llamativo descapotable negro en el arcén. Sólo a unos metros por delante del carril de incorporación dónde habían estacionado el coche patrulla.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Al que todavía respiraba no le había dado tiempo a responder. Porque mientras observaba como una figura estilizada abandonaba el deportivo, Torrón, así se había apellidado y así lo habían llamado, se calaba la gorra y salía a su vez. Fue un juego de espejos en el que al traje oscuro se opuso el uniforme verde, al atlético desconocido el vientre prominente, al rápido movimiento del brazo el dudar incrédulo en la pistolera, al vibrante sonido del disparo el silencio forzado de una advertencia muerta en los labios.

Torrón, durante la caída que terminó por dejar su cuerpo desmadejado sobre el asfalto, había girado sobre sí mismo para mostrarle sorpresa en una mueca póstuma. Sólo había tenido tiempo para reaccionar de un único modo, relajando sus esfínteres.

El otro, en lo poco que le restaba de vida no podría dejar de lado el recuerdo de la ceja derecha deformada por el impacto de la bala. Estuvo seguro de que habría de llevarse al infierno el siguiente fotograma de aquel flojear de brazos y piernas. Había tenido el lujo de disfrutar del socavón que la bala explosiva había dejado en la nuca de su compañero. Una flor sanguinolenta con pétalos de cuero cabelludo desgarrado, astillas de cráneo y masa encefálica brillando en la extravagante humedad azul que respondía a las luces del coche patrulla.

Sólo tras el sordo ruido acuoso que terminó por asentar el cuerpo se permitió una exigua reacción. Giró de nuevo la cabeza y observó como el desconocido del descapotable bajaba lentamente el brazo a un costado, desde una postura de tiro lateral a la que su mente pudo, gracias a los recuerdos de la

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

academia, relacionar con la técnica rusa; compleja pero eficiente, algo así había dicho su instructor diez años antes.

Divagaba intentando sobreponerse a la silueta altiva del metro ochenta largo del tirador, peleaba con su consciencia.

Torrón estaba muerto.

Muerto.

Y ni siquiera supo darse cuenta que él también lo estaría en breve.

Empezaba a pudrirse.

Y se acordó de los rechonchos y felices hijos del muerto.

Fue capaz de distinguir una tez clara bajo un pelo oscuro brillante, enmarcando unos ojos que, a esa distancia, parecían no tener iris.

La mandíbula apretada y los labios finos señalaban un rostro cuadrado que no reflejaba emociones. Una cara impertérrita descansaba sobre los músculos definidos del cuello estilizado. Las curvas del tórax dibujaban líneas en la camisa y levantaban el nudo suelto de la corbata. Era como una estatua. La respiración suave, el pulso marcado a metrónomo. Sus ojos impasibles miraban atentos al palurdo que dudaba en el asiento del coche patrulla. Sólo sentía desprecio, un desprecio obsesivo y absoluto, fruto de un taimado convencimiento nacido de un odio insondable.

La noche se había roto con el fogonazo de la cámara fotográfica de un radar de control de velocidad, ése había sido el detonante. Media hora antes de que a Torrón se le escapasen para siempre las ideas el incómodo destello blanco había delatado los doscientos cincuenta kilómetros por hora a los que el negro

deportivo alemán surcaba la autopista. Y su conductor, tras parpadear y antes de recuperar el hilo de la segunda sinfonía de Beethoven, apretó los dientes y sintió la incomodidad del sumarísimo juicio en el que acababa de ser declarado culpable, sin poder siquiera apelar a la decencia del fiscal o a la competencia del juez.

Un odio encendido había surgido tras el azul gélido de aquellos ojos impasibles.

En cuanto el coche patrulla quedó a un costado los frenos sisearon. La brusca maniobra no descontroló el deportivo gracias a un rápido y hábil gesto de volante.

Se bajó del descapotable. Era una oportunidad tan buena como cualquier otra para resarcirse.

Dejaba la quietud para caminar con paso firme y estable, con los pies paralelos y balanceando su cuerpo simétricamente. Podía haber sido un modelo en una pasarela rodeada de afeminados ricos amanerados. A no ser por lo incongruente de la semiautomática que pendía de los hábiles dedos de una mano dibujada por los surcos de sus venas.

Avanzaba con parsimonia. No lo hacía porque necesitase acortar la distancia para asegurar el siguiente disparo. Y no lo hacía para distinguir con más nitidez los espasmódicos gestos del agente de la ley. Lo hacía porque quería ver la cara de idiota de aquel desgraciado. Sentía que aquellos indeseables no eran quienes para juzgarle, para determinar si su velocidad era o no adecuada. Además, le apetecía matar.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Sintió que empezaba a excusarse en sus propios razonamientos. Se preparó para disparar.

Intentó salir del coche, pero sus pies no le obedecían como esperaba. Trastabilló mientras lograba sacar su propia arma de la pistolera.

El brazo terminó por asentarse paralelo al suelo.

La izquierda buscó la corredera para cargar el primero de los cartuchos.

Inspiró profundamente mientras asentaba los pies en las verticales de sus hombros.

Acompasando el chasquido metálico del arma se incorporó lo justo para que su frente sobresaliese por encima del marco de la puerta blanca del coche patrulla.

Fue un disparo limpio.

No tuvo tiempo para dar el alto, menos aun para intentar abrir fuego.

Casi simétrico al que había recibido Torrón.

Se derrumbó sin gracia sobre el quitamiedos, abriéndose una brecha en la sien que apenas sangró porque su corazón ya no bombeaba. Aunque el golpe fue suficiente como para regar con decenas de minúsculas gotas carmesí la maleza de más allá del arcén.

No había necesidad, pero siguió avanzando hacia el anodino coche, un barato modelo francés con puertas blancas y faldones verdes. Todo era hastío y cansancio. Se sentía como si hubiese tratado de explicar ecuaciones diferenciales a un pez dorado, incomprendido.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Descerrajó dos tiros más, de nuevo en la cabeza, *coupes de grâce*. Fue sólo un gesto de rabia imposible de contener ante la tela burda de los uniformes, la revista de desnudos femeninos que descansaba en el salpicadero y la cajetilla arrugada de tabaco negro del pedestal. Eran mundanos y vulgares, ridículos, merecían estar muertos. No quiso dejarles sin otro par de agujeros en su insípido cerebro.

Caminó por el lateral del vulgar coche y abrió la portezuela del depósito de combustible, retiró el tapón y, tras pensarlo un momento, desanduvo parte del trayecto para recoger las vainas de los dos cartuchos disparados en último lugar y arrancarle la manga a la basta camisa de uno de los uniformes.

Era diesel, y eso evitaría una bonita explosión que decorase la noche. Pero ardería igualmente. Regresó a su vehículo, deteniéndose únicamente para recoger las otras dos vainas que habían quedado a mitad de camino. Los proyectiles no le preocupaban, eran balas de punta hueca que él mismo rellenaba con mercurio, si algún fragmento llegaba al laboratorio de balística serían afortunados con sólo averiguar el calibre.

Tras abrir la puerta guardó la pistola, había sacado el cartucho de la recámara y retirado el cargador, la había limpiado con un paño untado ligeramente en aceite para armas que tenía en el mismo estuche, sobre el asiento del acompañante. De una pequeña bolsa de viaje del maletero delantero sacó gasolina para encendedor y empapó la manga del uniforme.

Sólo se detuvo para encender un húmedo y flexible *Partagás*, disfrutó de la primera calada.

*“CAJA NEGRA”*; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.

La muerte recogía la correspondencia.

Desapareció en la noche, tragándose la oscuridad a más de doscientos kilómetros por hora.

Salió de la autovía en la primera bifurcación que apareció y decidió pasar la noche en la ciudad que encontrase a su paso.

No estaba cansado, pero así evitaría que pudiesen seguirle, además, podría cenar algo decente si es que había algún restaurante aún abierto y digno de mención allá donde apareciese.

Incluso conseguir compañía con la que pasar un rato agradable. Eso estaría bien.

Se le antojó beber algún *chardonnay* espumoso y seco derramado entre los pechos de una mujer de largas piernas, quizá después de cenar algo de *foie* con un *coulies* de ciruelas y un añejado tempranillo.

Todavía le sobraban un par de días hasta tener que regresar a Madrid para salir desde Barajas. Había tiempo para procurarse algo de entretenimiento hasta el siguiente vuelo.

A Ezeiza si no recordaba mal. Ya comprobaría los detalles.

Una cena ligera, una mujer empalagosa y algo de vino viejo y *champagne* seco tenían ahora el turno.

1

9

7

7

«El infierno empieza aquí».

Había habido otras igualmente inquietantes... «Yo sigo enterrada».

Pero aquélla, probablemente por su mención al averno, había sido la más impactante para él, la que había dado lugar a una nueva obsesión.

Aquella... ¿Frase? ... Le había causado una enorme impresión.

Y por eso estaba ahora allí. Con ánimos renovados tras releer un artículo acerca del descubrimiento de los huesos. Porque, si en los pocos años transcurridos había llegado a dudar en algún momento, los restos de aquellos niños habían servido para disipar toda incertidumbre. Aquellos huesos habían sido el espolonazo que le había permitido seguir adelante cuando había estado a punto de abandonar, renovando su fe y confianza. Tenía que haber algo más allá de la frontera que significaba la muerte, tenía que ser cierto.

«El infierno empieza aquí».

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Había sido el comienzo. Y por eso estaba allí. Para obtener algo similar.

Era una pequeña capilla, con el suelo de tierra pisada y una simple arcada de medio punto y sin rosetón que franqueaba la entrada. Con una sola nave, sin retablo, sin vidrieras y una única campana diminuta de bronce resquebrajado que colgaba de un sencillo arco de piedra, alzado en el encuentro de las dos pendientes de la modesta techumbre de pizarra negra. El pobre remate de un frontón que, como única decoración, sólo podía presumir de los múltiples líquenes de colores terrosos que el paso del tiempo había dejado en los pequeños sillares de granito.

Se escondía perezosa en un escuálido claro de robledal, rodeada de árboles centenarios y una parcela descuidada, sustituyendo las gárgolas de sus mayores por las alimañas del bosque. Parecía dormir al arrullo del riachuelo de aguas transparentes que corría a unos metros al sur, delimitando la suave pendiente del otero en el que había sido construida. Había sido el capricho de potentado del último de los herederos de la familia terrateniente que poseía aquel valle escondido entre las verdes montañas del interior del antiguo reino de Galicia.

Quedaba disimulada entre las sombras de una de las erosionadas sierras que cruzaban el noroeste de la península ibérica. Rodeada de laberintos formados por mil ríos, bosques milenarios y serpenteantes caminos que llevaban a pueblos que las nieves invernales dejaban incomunicados.

Una locura de un jovenzuelo tísico que de tanto fervor religioso llegó a creerse que necesitaba la ayuda de la providencia divina para tener alguna

esperanza de sanar, por lo que dispuso un altar en el que recibir comunión diaria. Y, en aquella capilla comulgó todos los días que necesitó la tuberculosis para devorarle los pulmones. Que fueron sólo unos pocos más de los que necesitó el gobierno militar estadounidense que terminó por regentar Cuba, en los primeros años de la independencia de la antigua colonia, para apropiarse de la inversión en ingenios azucareros que aquel iluso había hecho. Los norteamericanos, aprovechándose de su recién estrenada influencia en las esferas del poder, se dedicaron a barrer para su patio privado y cedieron, a precios irrisorios, gran parte de las factorías y fábricas que los españoles habían instaurado en la isla a firmas y empresas compatriotas. Así, el caso del tuberculoso señorito no fue sino una más de entre tantas tropelías que se sucedieron en un tira y afloja político que no terminaría hasta 1913, cuando los cubanos recuperaron por fin el gobierno de su isla.

Aquel iluso había perdido toda su fortuna en las tornas del siglo, al soñar con el que llegaron a llamar oro blanco, en el momento histórico más inoportuno que la isla había vivido desde la colonización. Una desdicha más que terminó por amargar los pocos días de existencia que le quedaban a Diego Rafael Xián de Villafins e Castro. Poniendo la última de las cuentas de un rosario que había empezado con su propio contagio, tras beber leche de una vaca tuberculosa, que había seguido por las estrambóticas muertes de sus padres y que había anunciado su final con la terrible desaparición de su querida hermana menor.

Con el dinero perdido y el tísico enterrado el enorme caserón de la importante y renombrada familia quedó vacío e inútil. Las tierras y propiedades inmersas en eternos enfrentamientos entre supuestos parientes lejanos y la pequeña capilla olvidada, a merced del bosque y los relatos de los lugareños.

Olvidada, pero con una historia por recordar y contar, por eso estaba él allí, porque de los rumores y habladurías que le habían atraído inicialmente resultaron ser ciertas algunas partes, como le habían demostrado los archivos municipales y las consultas en el obispado. Era una historia con profundas raíces, si es que sus sospechas se confirmaban. Era una buena historia, especialmente si aquellos detalles más fantásticos que parecía esconder llegaban a revelarse. La primera en hablarle del lugar había sido su vieja tía Paulina, una viuda medio ciega con el puño más cerrado que el propio Sinesio a la que éste visitaba como poco un par de veces al mes, principalmente por el atavismo implícito en su deber como pariente. Normalmente tomaban achicoria aguada con pastas rancias de la caja de dulces que el propio Sinesio le había regalado en las Navidades pasadas. Ella, vestida de un luto riguroso que cubría desde los tobillos al cuello, solía hablarle a Sinesio de su juventud y sus tiempos de casada. Recordando como su marido había empezado por construir una pequeña casita en su pueblo natal de Dúbriga y había terminado cayéndose de un andamio desde uno de los bloques de pisos más altos que la capital de provincia había conocido.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Se había detenido al borde del camino que marcaba el irregular asfalto y miraba desconcertado la silueta del *pazo* señorial. Mientras, giraba la llave en el contacto para apagar el renqueante motor del viejo Citroën DS, una antigua ambulancia comprada de tercera mano que, en su tacañería compulsiva, mantenía en el límite entre mero cacharro y objeto de desguace. El viejo murallón a medio derruir mostraba su silueta, desdibujada en la helada nocturna, visible únicamente gracias al resplandor de la luna. La distancia hasta la capilla había sido el germen inicial de su curiosidad, no tenía sentido que la hubieran construido allí, tan lejos, y eso había azuzado su memoria, recordando algunos rumores que había escuchado tiempo atrás. Estaba seguro de que si una fracción de lo que se imaginaba era cierto podría conseguir un salto a los medios nacionales, quizá incluso un libro, tantas eran sus expectativas que, por momentos, sentía el estómago lleno de mariposas, como un adolescente enamorado. Aunque, si hubiese conocido ya lo que pretendía averiguar su ansiedad se hubiera parecido más a la de un reo esperando que le aten a la silla.

De sus sueños y elucubraciones le sacó el reverberar de la radio, la voz rasposa de José Alés hablaba de los últimos indicios de ritos satánicos en Madrid. Alimentando, como cada madrugada, los miedos de los oyentes de todo un país con los relatos de misterio, fantasmas, ovnis y oscurantismo de su programa *Medianoche*. Estaba siendo una edición muy interesante, lamentaría perderse lo que restaba de transmisión. Poco antes de llegar a su destino había escuchado emocionado como el locutor anunciaba a bombo y platillo que el Doctor Germán de Argumosa había recibido el Premio de la Sociedad Suiza de

Parapsicología por su labor en la investigación de los misteriosos rostros, teleplastias los llamaban los expertos, aparecidos al principio de la década de los setenta en el pequeño pueblo de la montaña jienense de Bélmez de la Moraleda, al sur de España. Era una gran noticia, pues para Sinesio, eso cerraba un círculo. Justificando su presencia en la capilla y el valor de sus investigaciones; además de plantearle una meta aun mayor que un libro exitoso o que convertirse en colaborador de aquel mismo programa de radio, quizá también él podría llegar a recibir un galardón semejante.

Se llamaba Sinesio Amorós y era un funcionario gris y apático que había llevado una vida rutinaria y aburrida hasta que cinco años antes había leído en el periódico *Pueblo* un asombroso titular que rezaba «Las caras hablan». Enjuto, delgado y de hombros caídos, con cara afilada de pómulos altos y un opaco pelo castaño, lacio y descuidado. Tenía unos hundidos ojos de color avellana que parecían ser lo único vivo en un hombre de movimientos pausados y vida sedentaria. “Tienes menos sangre que los bigotes de un grillo”; solía gritarle su madre cuando en su abúlica apatía Sinesio dejaba sin hacer las tareas que se le habían encomendado. Siempre vestía con colores apagados y ropa vieja y apolillada, aprovechando, en la medida posible, los viejos trajes de su padre.

Sinesio Amorós llevaba cuarenta años haciendo lo que se le suponía, tarde, mal y a rastro, pero haciéndolo. Sin sueños o ilusiones, siguiendo los pasos marcados por su estricto padre. Vivía solo, con la única compañía de un gato negro y escuálido que tenía por costumbre arañarle cuando le cambiaba el cuenco del agua. En un estrecho apartamento de tacaño compulsivo en el que,

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

en invierno, solía dejar latas de alubias precocinadas en conserva encima del radiador del salón, el único que dejaba encendido, para que al llegar, tras las horas de trabajo en el ayuntamiento, estuviesen a punto para cenar sin necesidad de usar los fuegos de la cocina de gas.

No había tenido pasiones hasta que cinco años antes el misterio había surgido en el número 5 de la calle Rodríguez Acosta de Bélmez. Las tiradas, algunos días triplicadas, del diario *Pueblo* auparon la expectación de todo un país por el fenómeno paranormal que llegaría a convertirse, acorde a muchos de los más considerados parapsicólogos del mundo, en el más notable y documentado de la historia.

Y la vida de Sinesio cambió por completo.

La guinda había sido el artículo sobre las psicofonías que el recién premiado Germán de Argumosa había conseguido grabar en la humilde casa del pueblecito olivarero de la Sierra Mágina de Jaén cinco años atrás, en un enclave olvidado y perdido del sur español.

Todo había empezado con un conjunto de difusas líneas oscuras que escorzaba un inquietante rostro hinchado sobre el cemento del suelo de la cocina de la modesta vivienda de una familia jornalera, una más de entre los apenas dos mil habitantes del pueblecito. Un tosco, casi ingenuo retrato de aires bizantinos, carente de perspectiva y que hacía pensar de inmediato en una argucia, en un timo cualquiera. Una imagen de lóbregas líneas borrosas que, probablemente por miedo, fue picada y eliminada con una nueva capa de cemento para que, pocos días después otra muy similar la sustituyese.

Causando mayor asombro y ahondando en la consternación que aquella familia, que todo el pueblo, sentía.

A aquel primer retrato lúgubre y macabro, al que parecía manarle abundante sangre de ambas fosas nasales. Le siguieron más y más de aquellos rostros esbozados por un autor invisible. Torsos, incluso cuerpos enteros, aparecían, desaparecían. Variaban la intensidad de sus trazos, se transformaban, se desplazaban. Y niños, muchos niños, incluso fetos.

Muchas de esas figuras estaban desproporcionadas, con garras amenazantes, con rostros compungidos, con miembros imposibles.

Un dantesco espectáculo que se convirtió en el cebo para masas ansiosas de revelaciones. La iglesia se metió de por medio, el obispo presionaba al alcalde. Miles de personas acudían a Bélmez, un famoso torero quiso comprar la humilde casita. Y finalmente, como era de esperar, el representante del gobierno totalitario de la España de los setenta, el austero gobernador civil José de Gortoa, se cansó de tanto circo y llamó al reconocido filósofo y parapsicólogo, Don Germán de Argumosa. Esperando que si un experto de reconocimiento mundial desmintiera lo paranormal de los hechos se pudiera dar, por fin, carpetazo al asunto. Pero, las expectativas de las autoridades no se cumplieron. Don Germán y otros expertos a los que él mismo llamó no encontraron rastro alguno de fraude. Y entre los consultados figuraba el prestigioso psicólogo alemán Vemder, profesor del instituto de parapsicología de Friburgo. Uno de los primeros investigadores destacados del mundo de lo paranormal, que había colaborado con el Instituto Max Planck de Múnich.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

En una ocasión, y ante notario, tras solar con una nueva capa de cemento el suelo recién picado de la humilde cocina, precintaron por dos meses y medio la casa. El mortero incólume que fotografió el notario justo antes de precintar la estancia apareció repleto de macabras escenas, mujeres con manos engarfiadas, fetos de cráneos desproporcionados, rostros cadavéricos. Debieron plegarse a la evidencia de que allí, con trazos de gris oscuro, había aparecido lo que bien podría haber salido de la imaginación del Bosco en la peor de sus noches de pesadillas de insomne.

Las investigaciones se siguieron y, a pesar de que las autoridades intentaron silenciarlo cuando su movimiento de origen académico falló, nuevos e inquietantes descubrimientos se sucedieron. Uno de los más notables, el de los huesos; que había servido de acicate a Sinesio. A instancias del sacerdote del pueblo el alcalde se encargó de que un albañil desmantelase el suelo y se pusiera a excavar. Apenas a tres metros de profundidad habían aparecido restos humanos, especialmente lo que parecían huesos de niños, aunque jamás apareció cráneo alguno. Más aun, otras líneas de investigación encontraron pruebas de que el solar de la vivienda había sido un lugar de enterramiento siglo y medio antes. Un cementerio con tradición de muerte y horror desde la época de la ocupación árabe del sur español.

Sin embargo, para Sinesio, lo más asombroso de todo habían sido las psicofonías, las voces del más allá, los sonidos guturales que con doce magnetófonos UHER el propio profesor Germán de Argumosa había grabado en la casita de Bélmez.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

«El infierno empieza aquí».

«Yo sigo enterrada».

Y, por eso estaba allí. Abriendo el maletero del desconchado Citroën y sacando su propio magnetofón UHER Re-porter 4000L, igual que el que había visto en las fotos en blanco y negro de *Pueblo*. Comprobó las baterías y echó un vistazo al resto del equipo, pulcramente dispuesto. Se hizo con una de las linternas y, tras encenderla, caminó hasta la pequeña capilla, mojándose las perneras de los pantalones con la humedad fría que perlaba la hierba.

«El infierno empieza aquí...»

Le bastaron un par de empujones para que los restos de la puerta cediesen y poder franquearse la entrada. Algún animalillo se escurrió por la oscuridad que lamía el círculo de luz que proyectaba la linterna. Sólo había vacío, un húmedo olor a melancolía cubría las paredes. No sabía si alguna vez tuvo algo de mobiliario, pero sólo quedaban los restos rotos de un modesto altar, tallado en un granito similar al de las paredes. De las vigas vistas del techo pendían miles de telas de araña polvorientas. Dejó la linterna apoyada en el suelo para tener algo de luz en el interior y regresó al coche. Le pareció el escenario perfecto.

Hasta ese momento nunca había conseguido nada, sólo ruido de fondo y el murmullo del motor del propio magnetófono. Todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Pero tenía fe, ese día, en la capilla, lo conseguiría. Estaba convencido de que el problema habían sido los lugares elegidos con anterioridad. Lo había intentado en un cementerio, también en un viejo

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

monasterio que se caía a pedazos. Persiguiendo aquellas voces, aquellos mensajes encriptados, robándole horas al sueño. Gastando, por primera vez, su sueldo en caprichos. Comprándose cables, conectores, un par de micrófonos y libros, lo poco publicado que pudo encontrar en el escaso mercado español de aquel entonces, controlado y censurado por los estamentos del régimen absolutista gobernante. El año anterior incluso se había atrevido a perder sus vacaciones con un viaje a Francia, cruzando los Pirineos en una búsqueda de aquellos textos que no estaban a su alcance en España. Allí había conseguido el libro que Konstantin Raudive había publicado en 1968, con el que se adjuntaba un disco de vinilo con inclusiones psicofónicas en varios idiomas, era una de sus posesiones más preciadas. Y también, entre otros muchos, una edición en alemán original de *“Überleben wir den tod?”* Que pacientemente traducía sobando un viejo diccionario de alemán heredado de su padre.

Tenía todas sus expectativas puestas en aquella escondida capilla, estaba seguro de que allí lo conseguiría. Se sentía emocionado e inquieto, algo que, podría decirse, resultaba novedoso y extraño para él.

Trastabillando, con las manos ocupadas intentando agarrar a un tiempo todos los cachivaches, necesitó de tres viajes para llevar todo el equipo hasta el interior del pequeño templo. Para intentar orientarse sujetaba entre los dientes una segunda linterna, tipo tubo y bastante más pequeña que la que había dejado en el interior de la capilla. En sus idas y venidas tropezaba con las zarzas y las ramas bajas de la descuidada vegetación que llenaba el trecho entre la pequeña carretera comarcal y el portón carcomido de la capilla.

*“CAJA NEGRA”; primeros dos capítulos de la próxima novela de Francisco Narla.*

Necesitó de poco más de media hora para instalarlo todo, en esta ocasión, asegurándose de que el magnetófono quedaba suficientemente lejos del micrófono para evitar captar el ruido del motor del grabador.

Tras recogerla apagó la mayor de las linternas, la que había dejado sobre el suelo anteriormente, y se acomodó en la silla plegable que había traído. Se quedó en una de las esquinas más cercanas a la entrada. Aunque no había sido su idea inicial había desistido de seguir con el plan original al sentirse extrañamente incómodo cuando intentó colocarse en las que correspondían a la zona del altar, donde había dejado el magnetófono. Así, grabador, micrófono y silla eran tres puntos de una de las diagonales de la planta rectangular de la capilla.

Preparó su libreta de notas y esperó. Lleno de ilusión y optimismo, esperó.

Apoyando el cuaderno sobre una carpetilla de barato cartoncillo marrón en la que almacenaba un montón de sus papelorios y anotaciones previa.